

Este cuarto libro de poesías de Montale comprende los poemas escritos entre 1962 y 1970 y consta de dos partes, *Xenia* I y II (veintiocho poesías dedicadas a su esposa muerta) y *Satura* I y II, título que de por sí sugiere una gran variedad de temas y de estilos.

Los *Xenia* son poemas breves y constituyen un tierno coloquio a dos voces de las cuales una llega desde lejos, por vías misteriosas. Los recuerdos del mundo real se entremezclan con la búsqueda metafísica y el tú (ese 'tú' montaliano que tanto que hacer ha dado a los críticos) abarca a la vez a la esposa muerta y al poeta, porque no puede haber escisión entre ellos ni entre sus recuerdos: *Il repertorio / della nostra memoria non si può immaginarlo / tagliato in due da una lama* (p. 141). Es una poesía atestada de hechos menudos, cotidianos, un retorno 'in mente' a los lugares que frecuentaron juntos, en su esperanza por recuperar un gesto, un indicio de la mujer irremediabilmente ausente.

En estos poemas tiernos, patéticos, la mujer, aparentemente débil, inerte ante el mundo (...*eri un insetto miope smarrito nel blablà / dell'alta società*; p. 21) es en realidad la más fuerte, la consoladora, la clarividente (*sapevo che di noi due / le sole vere pupille, sebbene tanto offuscate / erano le tue*; p. 37). La soledad se le vuelve cada vez más evidente y dolorosa, a través de penosos incidentes cotidianos: una amiga que aún no sabe y pregunta por ella, el recuerdo de un objeto

olvidado... Todo en un juego sutil y eficaz de rimas inusitadas, de sabias cesuras que dan a lo cotidiano un halo extraño y casi sobrenatural. Del último de estos *Xenia* brota el canto más desolado, provocado por un dramático evento: el aluvión de Florencia ha arrasado con todo, cuadros, muebles, libros, símbolos de un pasado común que representaban para el poeta que ahora vive en Milán, la última absurda esperanza de reunirse con ella a través de las 'cosas'.

Con gran naturalidad Montale introduce términos arcaicos o inusitados en un contexto ultra moderno, juego al que ya nos tenía acostumbrados pero que ahora se intensifica, especialmente en la segunda parte del libro. Aquí el poeta se muestra audaz y versátil en sus nuevos modos de acercarse a la poesía y aborda con igual soltura el epigrama, el juego de palabras, la cantilena, la parodia, todas formas de que se vale para repudiar una realidad vil e irrisoria. Su poema *Piove* más que parodia del poema dannunziano es triste remedo de una mísera condición de vida, y la lluvia que cae sobre esa monótona repetición de sucesos vanos es símbolo, ella misma, de esa monotonía.

En *Satura* reaparecen, como en una recapitulación, los personajes de su obra anterior: Arsenio o el poeta mismo que relata a través de un mito clásico su historia personal; y Gerti, Liuba, Clizia, enigmáticos personajes femeninos que, como él, apresados en la hedionda cárcel de esta vida (Los establos de Augias), buscan imposibles evasiones.

El poeta permanece fiel a ciertos motivos de sus dos primeros libros: 'el instante irrepetible', único, que hace de cada encuentro un adiós (*Tempo e tempi*) se da igualmente en *Vento e bandiere* de los *Ossi di seppia*; 'la milagrosa revelación del misterio' que el poeta percibe en una visión fulmínea (*Gli uomini che si voltano*) y que tiene su antecedente en uno de los más hermosos poemas de los *Ossi*, *Forse un mattino*; 'la superficialidad y el simplismo del hombre común' que elimina cuidadosamente toda erupción del pensamiento (*Il raschino*); 'el pudor de la palabra poética que nace en la intimidad' (*Le parole*) y no soporta el clamor ni el deshonor de ser *leída, vendida, embalsamada*. Y por fin, 'la duda religiosa' en la que el *otro* está siempre presente como un obstáculo, un obstáculo que no se puede ignorar (*Realismo non magico*); porque Montale niega y fustiga pero sus negaciones aspiran leopardianamente a una verdad tan rigurosa que equivalen a menudo a la más alta afirmación; y es significativo que en el último poema del libro (*L'Altro*), declare que sus relaciones con 'el otro' han sido un largo subterfugio, un constante engañarse a sí mismo con la falsa astucia de quien, como el flamenco, esconde la cabeza bajo el ala y cree así no ser visto por el cazador. Y es que Montale *no cesa de golpear a las puertas de lo imposible*, según su propia afirmación. Busca, ahora más que nunca, esos mensajeros de lo imposible, los ángeles, que andan de incógnito por el mundo y repetidas veces confirma su fe en ellos, confiesa haberlos reconocido. Y no sólo los ángeles; recurre también a su mujer como mediadora, poseedora de un sal-

*voconducto infalible*. Su coloquio con ella continúa, en forma más o menos velada, también en esta segunda parte del libro. El poeta la percibe como el único ser despierto, viviente, en el silencio general. Y es siempre ella la dispensadora de certidumbre, de consuelo (*Dopo una fuga, Nel silenzio*).

En este libro Montale ahonda, supera su fuerza y su originalidad expresiva —y esto no parecía posible después de *La bufera*—, logra comunicar lo incomunicable, dar un atisbo de la verdad, en ese juego totalizador de los opuestos que él maneja con certera intuición.

MARÍA ELENA CHIAPASCO